

Si no se respeta el carnet de Izquierda Republicana, habremos de organizarnos en grupos sindicales políticos republicanos dentro de las propias Sindicales, o marcharnos de ellas y formar una organización en la que nuestros derechos estén garantizados.

Siluetas Bélicas

A mi amigo X

Hacia tiempo que no te veía. Nos conocimos en Ciudad Real, en los años alegres en los que nuestra mayor preocupación era lo que «apretaba» en el examen el Profesor de Matemáticas. Ya, en aquellas fechas, tú te enorgullecías constantemente de tus actividades políticas, a través de las cuales se adivinaba un líder en embrión. Después, ya nuestros estudios terminados, nos separamos. Y he aquí que la casualidad nos reunió en Madrid.

Ahora te confieso que, a tu lado, me sentía humillado, empequeñecido. ¡Era tan notable la diferencia entre tu impecable «canadiense» y mi camisa kaki; entre mis pantalones de campaña y los tuyos, de un corte irreprochable y de un planchado riguroso; entre mis botas fuertes y tus zapatos recién lustrados; entre tu largo, brillante y ondulado cabello, peinado con estudiado descuido, y mi cabeza pelada al rape..! Me dijistes que tareas ineludibles en cierto Comité de determinada Organización te vedaban el ir al frente. A cada momento te lamentabas de las privaciones y las molestias que sufrías en la retaguardia. Varias veces te oí decir: «Es horrorosa, rancamente horrorosa la guerra. ¡Cuánta sangre, cuánto dolor, cuánta ruina!» Y te deshacías en inflamadas palabras, lanzando terribles anatemas y admoniciones violentas contra los causantes de esta situación. Siento confesarte, mi querido amigo, que tu verbo cálido, que tantos aplausos te hizo cosechar en las tribunas públicas, no me causó la más mínima impresión. Desde luego, me hice cargo de tu situación: «Si —pensé—. Tiene razón. La guerra es horrorosa, francamente horrorosa, aunque se duerma en mullido lecho. Es verdaderamente horrible.»

Perdóname, mi antiguo compañero, el recuerdo que traigo hoy sobre la albura de estas cuartillas. Te juro que he intentado apartar de mí este recuerdo, pero, pese a todos mis esfuerzos, él ha pugnado tenazmente por salir del rincón escondido del alma, donde yacía olvidado de mí. Verás...

Fué en el mes de Enero. Yo había leído que se celebraban Plenos, Asambleas, Conferencias, Congresos, donde sabios varones y hombres de pro, con cara taciturna y cabeza agobiada por hondas e indescifrables preocupaciones, laboraban en aras de «algo» que se tradujera en un beneficio inmediato para los frentes. También la casualidad —esa misma casualidad que provocó nuestro encuentro en la plataforma de un tranvía— permitió que yo asistiera a una de esas magnas reuniones. Allí, en un suntuoso salón, de grandes ven-

tales y muebles austeros y valiosos, se reunieron ochenta, cien —quizá más— jóvenes, cuyo indumento se parecía mucho al tuyo y cuya apariencia —me duele confesarte mi decepción— no era precisamente la de los que sienten sobre sí el peso doloroso de la responsabilidad. También en este Pleno sentí la misma sensación de empequeñecimiento que experimenté al encontrarme frente a tí. ¡Resultaba mi persona tan mezquina, tan insignificante, tan leve, junto a las de aquellos esforzados y valientes luchadores, que vestían como perfectos «gentleman»!

Y comenzó el acto. Habló uno que, al terminar su perorata, encendió un rubio cigarrillo, mientras miraba distraidamente a los ricos artesonados del techo; después, un segundo orador, de manos blancas y pulidas uñas, soltó el chorro incendiario de su verbo; luego otro, y otro, y otro, y otro... Todos coincidieron, lo mismo que tú, mi entrañable amigo, en que la guerra era algo horroroso, en que era obligado luchar con tesón, en que se imponía prestar toda clase de ayudas —¡que buen corazón!— a los que peleaban en las trincheras, en... en lo mismo que tú me decías, sentado frente a mí, en un viejo café madrileño. Después, el que presidía la reunión, lanzó una consigna, que fué subrayada por estentóreos aplausos y, entre vítores, himnos, puños en alto y un entusiasmo indescriptible se terminó el Pleno. A la salida, unos partieron velozmente en los «autos» que aguardaban a la puerta, otros se colgaron del brazo de unas rubias apetitosas —tú sabes muy bien que ahora todas las mujeres son rubias— que, quizá más tarde, en la hora crepuscular, propicia a eso que nuestros padres llamaban pecado, ofrecerían con su boca en flor, y como premio al esfuerzo realizado, la sublime delicia de un beso. Y yo me marché —a pie y sin ninguna rubia— no sé donde.

Sí, mi buen amigo. La guerra es horrorosa. Me lo dijistes tú y lo dijeron aquellos jóvenes del Pleno. Obuses que explotan, balas que silban, granadas que, al estallar, abren el surtidor mortífero de la metralleta, cuerpos mutilados, cadáveres abandonados que presentan un aspecto terrorífico, olor a medicamentos, camas blancas de hospitales, sonidos tristes de las sirenas de las ambulancias, árboles descuajados, casas derribadas, mujeres llorosas... Todo eso, que tan magistralmente pintó —aunque los hombres lo olvidaron— la pluma, de arrolladora fuerza descriptiva, de Remarque. La guerra es eso. Es sobre todo algo muy distinto a un viaje a Valencia, entre flor de azahar y olor a naranjo; es también algo que dista mucho de una nivea camisa y una «canadiense» impecable. Y, desde luego, es cualquier cosa menos la contrariedad de no poder tomar al mediodía una ración de mariscos en la dulce frivolidad de un bar moderno.

Crayon

COMUNICADO

La Agrupación local de Izquierda Republicana, pone en conocimiento de sus afiliados y simpatizantes, y del pueblo antifascista en general, que en ningún momento puso trabas de ninguna especie a la celebración del acto del Frente Popular, anunciado para el pasado Domingo día 13, y que hubo de suspenderse por faltar las representaciones de algunos de los partidos y sindicales comprometidos para actuar en el mismo.

Posteriormente se acordó por el partido comunista celebrar dicho acto, habida cuenta de ser los iniciadores del mismo, y entoces I. Republicana, entendió que su deber era colocarse al margen del mismo. Ello no implica censura alguna para los que lo celebraron, antes al contrario, el tono en que se produjeron los oradores defendiendo la doctrina del Frente Popular, e invitando a todos a la máxima disciplina y obediencia para con el Gobierno de la República, solo plácemes puede merecer por nuestra parte.

Queda, pues, explicada y justificada la ausencia de I. R. en dicho acto.

El Consejo Municipal de I. R.